



Cuatro grandes retos,

CO₂

Cambio climático

Biodiversidad

Lucha contra
la pobreza



Desertificación

una solución global

IPADE es una Organización No Gubernamental de Desarrollo especializada en medio ambiente que, desde 1987, trabaja en proyectos de cooperación al desarrollo en América Latina, África y Asia apoyando a poblaciones vulnerables que viven en zonas desfavorecidas del medio rural.

Hasta la fecha, hemos ejecutado 200 proyectos en 26 países manteniendo estrechos vínculos con numerosas organizaciones sociales locales. En España, impulsamos acciones de sensibilización y educación para el desarrollo sobre las causas y consecuencias de la pobreza, fomentando el deseo de cambiar estructuras que apuesten por estilos de vida justos y sostenibles.

Edita: Fundación IPADE

C/Altamirano 50, 1º- 28008 Madrid. 91 544 86 81

www.fundacion-ipade.org – ipade@fundacion-ipade.org

Coordinación: José A. González Novoa e Ignacio Santos

Revisión: Fundación IPADE

Fotografías: Thinkstock

Diseño y maquetación: Carolcat Estudio

Impresión: Gráficas Netor

Impreso en papel ecológico

Madrid, diciembre de 2010



ISBN: 978-84-693-8774-0

Depósito Legal: M-9780-2011

Como citar el libro:

Fundación IPADE (2011). Cuatro grandes retos, una solución global: Biodiversidad, cambio climático, desertificación y lucha contra la pobreza. González, J.A. y Santos, I. (editores). Fundación IPADE y Agencia Española de Cooperación para el Desarrollo - AECID, Madrid.

Como citar un capítulo del libro:

Heras Hernández, F. 2011. Negacionistas, refractarios e inconsecuentes: sobre el difícil reto de reconocer el cambio climático. En: González, J.A. y Santos, I. (eds.), Cuatro grandes retos, una solución global: Biodiversidad, cambio climático, desertificación y lucha contra la pobreza. Pp. xx-xx. Fundación IPADE y Agencia Española de Cooperación para el Desarrollo - AECID, Madrid.

11. Negacionistas, refractarios e inconsecuentes: sobre el difícil reto de reconocer el cambio climático

 Francisco Heras Hernández

El clima es una abstracción humana; un concepto utilizado para describir los rasgos generales del tiempo en un lugar determinado. Los climas son descritos por la ciencia a través de datos de carácter estadístico, como la temperatura media o las precipitaciones medias anuales. Se caracteriza así el clima de una región como cálido o frío; húmedo o seco... Sin embargo, los climas cambian. Y esos cambios modifican de manera drástica las oportunidades para la vida.

En la actualidad estamos inmersos en un acelerado proceso de cambio climático. Sabemos de su existencia, así como de sus causas o consecuencias, gracias a los estudios desarrollados, en primera instancia, por la comunidad científica y difundidos a través de los medios de comunicación.

En los últimos tiempos, las voces de alerta de los científicos son cada vez más unánimes e insistentes. Tras destacar la velocidad del fenómeno, su escala global, su fuerte inercia y su difícil reversibilidad, los investigadores están aportando un creciente conjunto de evidencias de impactos ya observables, así como análisis alarmantes sobre la vulnerabilidad de las comunidades humanas ante futuros cambios. Además, los climatólogos están introduciendo una nueva dimensión del problema, al advertir que si se superan determinados “umbrales de estabilidad” climáticos, los cambios podrían acelerarse, siendo cada vez más difícil ralentizarlos.

El cambio climático es un fenómeno complejo, difícil de entender y de valorar fuera de los ámbitos de la investigación del clima. No obstante, desde un elemental sentido común, cabría esperar que, a medida que la ciencia produce análisis más concluyentes y alarmantes y los medios de comunicación tratan la cuestión con mayor amplitud y rigor, la gente adquiere una perspectiva más cabal sobre el fenómeno; y se plantea actuar en consecuencia. Sin embargo, los estudios que analizan las reacciones de la gente ante el cambio climático aportan resultados que parecen desafiar esta lógica elemental.

La distancia entre la valoración científica y las respuestas sociales frente al cambio climático es muy amplia. Y la mera provisión de información no parece suficiente para acortarla. En este sentido, parece necesario reconocer y caracterizar las respuestas humanas ante las informaciones que nos llegan sobre el cambio del clima, tratar de reconocer los factores que les dan forma y plantear iniciativas que ayuden a evitar las reacciones de rechazo, indiferencia o inhibición ante el fenómeno del cambio climático, hoy aparentemente mayoritarias en muchos países occidentales.

Negacionistas

Diversos estudios realizados recientemente en países como Estados Unidos, el Reino Unido, Alemania o Australia, indican un aumento significativo del porcentaje de personas que consideran que el cambio climático no está ocurriendo o que rechazan elementos clave de su interpretación científica al descartar cualquier influencia humana en el fenómeno o negar sus consecuencias negativas o su peligrosidad. Y estas tendencias se han concretado, precisamente, en el periodo en el que los medios de comunicación y los líderes sociales se han ocupado más intensamente del tema.

En Estados Unidos, el Pew Research Center (2009) realizó en octubre de 2009 una encuesta en la que se incluía la pregunta: “¿Existen evidencias sólidas de que el planeta se esté calentando?”. Un modesto 57% de los entrevistados contestó afirmativamente, frente a un 71% que había dado esa misma respuesta en una encuesta realizada en el año anterior (abril de 2008). Por su parte, un 33% respondió negativamente, frente a un 21% que lo hizo en la encuesta de 2008. Entre los que consideraron que sí existen evidencias sólidas del calentamiento, más de una cuarta parte achacó el fenómeno a causas naturales, de forma que el porcentaje total de entrevistados que consideró que existen evidencias sólidas del calentamiento global y lo asoció a la actividad humana (ideas dominantes desde una perspectiva científica) sumó un exiguo 36% de los encuestados.

Los estudios elaborados por el Programa de Cambio Climático de la Universidad de Yale (Leiserowitz *et al.*, 2010), defienden que los americanos que creen que el planeta se está calentando siguen siendo mayoría, pero señalan que el porcentaje de negacionistas se ha duplicado en los dos últimos años, hasta alcanzar el 20%. Otro dato significativo resaltado por estos autores es que las dudas han aumentado entre los que creen que el planeta se está calentando, lo que no ocurre entre los que no lo creen.

En el Reino Unido, los porcentajes de encuestados que niegan el cambio climático son inferiores a los de Estados Unidos, pero, al igual que en ese país, los estudios demoscópicos señalan una tendencia a su aumento. En una reciente encuesta realizada por IPSOS-MORI (Spence *et al.*, 2010), ante la pregunta “¿Cree usted que el clima mundial está cambiando?” un 78% respondió afirmativamente, frente a un 15% que respondió negativamente. En el año 2005, ante la misma pregunta los porcentajes fueron del 91% y el 4% respectivamente, lo que supone que el número de encuestados que niegan el fenómeno se habría triplicado. El avance de la negación también es detectado en otras encuestas recientes realizadas para la BBC (2010). Ante la pregunta: “Por lo que usted sabe y ha oído, ¿cree que el clima de la tierra está cambiando y se está produciendo un calentamiento global?”, el número de respuestas negativas pasó del 15% (noviembre de 2009) al 25% (febrero de 2010).

En Australia, la demoscopia elaborada por el Lowy Institute (Hanson, 2010) proporcionó a los encuestados varias frases alternativas para valorar sus actitudes y predisposiciones ante el cambio climático. La afirmación “Hasta que no estemos

seguros de que el calentamiento global es realmente un problema no deberíamos dar ningún paso que conlleve costes económicos” (indicador de las posiciones más negacionistas) obtuvo un respaldo discreto (13%), aunque creciente, ya que en 2006 sólo logró un 6% de adhesiones.

En Alemania, el semanario Der Spiegel publicó los resultados de una encuesta reciente realizada por TNS para esa revista con el siguiente titular: “Los alemanes pierden el miedo al cambio climático”. En la información (Der Spiegel, 2010) se resaltaba el hecho de que sólo un 42% de los encuestados declaró sentir miedo ante el cambio climático, frente a un 62% que respondió afirmativamente a esa misma pregunta en 2006.

La encuesta citada incluyó la cuestión siguiente: “Los científicos del clima predicen que, a largo plazo, la tierra será cada vez más cálida. ¿Considera que esta previsión es fiable?”. Dos tercios de los encuestados (66%) respondieron afirmativamente, pero cerca de un tercio (31%) respondió de forma negativa.

Los estudios de opinión realizados en España en los últimos años revelan que una amplia mayoría de los españoles reconoce la existencia del cambio climático, siendo muy pocos los que la niegan de forma expresa. En una encuesta realizada por el Real Instituto Elcano (2010) tras la cumbre de Copenhague, sólo el 6% se declaró “bastante en desacuerdo” o “muy en desacuerdo” con la afirmación “se está produciendo un cambio climático”, frente a un 83,3% que se mostró “de acuerdo” o “muy de acuerdo” con la idea.

La causalidad humana en relación con el fenómeno también es ampliamente reconocida en España. En un estudio promovido por la Fundación Mapfre (Meira, 2009) un 86,9% de los encuestados consideraba que el cambio climático ha sido causado por la actividad humana o por una mezcla de factores naturales y humanos.

En ese mismo estudio (Meira, 2009) se exploró el grado de penetración de algunos argumentos negacionistas en la sociedad española, concluyéndose que aunque, en general, la española no es una sociedad “escéptica” ni negacionista, los argumentos que alimentan estas actitudes tienen una cierta audiencia: el 35% de los entrevistados asumía el argumento de que “sería mejor preocuparnos más por luchar contra la pobreza que por el cambio climático”, mientras que el 34,2% compartía la idea de que “siempre hubo cambios del clima a los que los seres humanos terminaron adaptándose”.

➤ Algunas perspectivas para analizar el progreso del negacionismo

El fenómeno del negacionismo y su auge, a contracorriente de la ciencia del clima, ha sido analizado desde diversas perspectivas, entre las que destacan:

➔ La perspectiva psicológica

Los humanos tenemos una habilidad probada para rechazar la información que nos resulta incómoda o amenazante. De hecho, la negación puede considerarse una manera habitual de abordar problemas y conflictos (Opatow & Weiss, 2000). Corsini (1999) la define como “un mecanismo de defensa consistente en una ceguera inconsciente y selectiva que protege a una persona de afrontar hechos y situaciones intolerables”.

Los análisis sobre la negación realizados desde campos como la psicología o la filosofía moral coinciden en atribuirle una función autoprotectora. Paradójicamente, este mecanismo autoprotector puede impedir que prestemos la atención necesaria a potenciales amenazas a nuestro bienestar, en este caso las derivadas de los cambios en el clima.

➔ La perspectiva informativa

De acuerdo con diversos estudios, los medios de comunicación de masas han dado una visibilidad inmerecida a las perspectivas “escépticas”. En ocasiones el motivo habría sido el afán por mantener un cierto equilibrio entre posiciones, sin considerar que su representatividad y rigor no son equivalentes (Boycoff & Boycoff, 2004).

Algunos estudios consideran que, en muchos casos, la visibilidad dada a las perspectivas escépticas ha tenido un componente ideológico, siendo la prensa conservadora anglosajona especialmente proclive a difundir ideas negacionistas de escaso fundamento científico. Investigadores de la Universidad de Liverpool hicieron un seguimiento exhaustivo del tratamiento del cambio climático en la prensa británica entre 2000 y 2006 concluyendo que la cobertura dada al tema era bastante limitada. Además encontraron que, en algunos periódicos, una parte significativa de los artículos se centraba en informar sobre posiciones de carácter “escéptico”. En periódicos líderes en ventas como Telegraph, Daily Mail, The Sun y sus respectivos dominicales, el 25% de la cobertura abordaba perspectivas escépticas (Gavin, 2009).

➔ La perspectiva educativa

Como si de un fenómeno meteorológico se tratara, cada año, con la llegada del frío y de la nieve, reaparecen en los medios de comunicación los comentarios negacionistas que utilizan los datos del tiempo para poner en entredicho el fenómeno del cambio climático. Por ejemplo, los chistes de nevadas que se mofan del calentamiento global son todo un clásico en Estados Unidos. Es evidente que estos argumentos

negacionistas no tendrían ningún predicamento en sociedades con una cultura científica solvente. Pero pueden hacer fortuna ante una población poco formada y deseosa de descartar una causa más de preocupación.

La inadecuada comprensión de la naturaleza de la ciencia también alimenta malentendidos y es aprovechada por los lobbies negacionistas para sembrar dudas. La cuestión de la incertidumbre asociada al conocimiento científico ha sido especialmente explotada en este sentido (Macilwain, 2010).

➔ La perspectiva política

R. Dunlap y A. McCright (2008) han analizado una serie de encuestas realizadas desde finales de los 90 en Estados Unidos, desglosando los resultados en función de las simpatías políticas de los encuestados. Sus resultados indican que, mientras que en 1997 los porcentajes de ciudadanos que creían que el calentamiento era una realidad eran muy similares entre republicanos y demócratas (48 y 52% respectivamente), en 2008 esos porcentajes eran del 42 y 76%, confirmándose la aparición de una significativa “brecha partidista”.

Marshall (2009) hace notar el peligro que encierra convertir el cambio climático en una cuestión de identidad partidista: “Si la incredulidad respecto al cambio climático se convierte en un rasgo de identidad política, es mucho más probable que sea compartida entre personas que se conocen y se tienen confianza mutua arraigándose cada vez más y haciéndose más resistente a los argumentos externos”.

Algunos autores como Bondre (2010) van más lejos y relacionan la virulencia del negacionismo con situaciones de elevada polarización política, como las que se han dado en los últimos años en Estados Unidos o el Reino Unido.

Refractarios

Una reacción frecuente ante los mensajes sobre cambio climático es ignorarlos. El rechazo a informarse activamente o a hablar sobre el tema, las actitudes de desinterés o indiferencia pueden ser indicadores de esta respuesta. No saber, no entender, nos evita padecer (“ojos que no ven, corazón que no siente”) y nos exime de la obligación moral de reaccionar. En castellano contamos con numerosas frases hechas para hacer referencia a esa ignorancia deliberada ante temas que nos resultan inconvenientes o espinosos: “seguir la política del avestruz”, “mirar para otro lado”, “no querer ver”, etc.

Algunos investigadores han resaltado que esta actitud “refractaria” puede ser consciente y voluntaria (como cuando cambiamos de canal en la televisión para evitar escenas o noticias desagradables), pero a veces no somos enteramente conscientes de esa desconexión o bloqueo. En este sentido, algunos autores han descrito estados mentales, o incluso culturas, en las que domina un ambiguo “saber, pero no saber” que nos mantiene en una cierta ignorancia (Cohen, 2005).

Kari Marie Norgaard (2009) hace notar que, dado que ignorar lo obvio puede suponer un esfuerzo importante, “las sociedades desarrollan y refuerzan un completo repertorio de técnicas o ”herramientas“ para ignorar los problemas que resultan inquietantes”. Esta investigadora pone el ejemplo de una comunidad, estudiada a través de grupos de discusión, que contaba con información accesible sobre el calentamiento global, pero en la que operaban una serie de mecanismos sociales, como normas culturales de atención, emoción y conversación, y en la que existían una serie de relatos culturales orientados a desviar la atención de los temas incómodos o inquietantes y normalizar una visión de la realidad en la que se considera que “todo va bien”.

El desinterés por la cuestión del cambio climático también puede ser alimentado por la impresión de que se trata de un problema que no tiene una solución sencilla o inmediata. Ya lo dice el proverbio: “Si no tiene solución, entonces no es un problema”. Y, por tanto, no merece la pena preocuparse.

Inconsecuentes

A pesar de todo, hay gente que entiende cada vez mejor el fenómeno del cambio climático, reconoce en lo esencial sus causas y sus consecuencias y comprende su gravedad. Pero ser consciente de su importancia, incluso reconocer la necesidad de actuar para mitigarlo, no implica que se vaya a actuar de forma responsable y consecuente. De hecho, existen numerosas evidencias empíricas que indican que los humanos no nos comportamos necesariamente de forma coherente con lo que sabemos o pensamos.

La brecha entre actitudes y comportamientos ha suscitado numerosas teorías explicativas y ha producido una abundante literatura. Lo que parece evidente es que existen barreras que dificultan que el conocimiento y la sensibilidad se traduzcan en acciones responsables. A continuación revisaremos algunas de esas barreras en el caso del cambio climático (basado en Heras, 2008).

➤ Los costes percibidos de la acción responsable

Algunos investigadores sugieren que las actitudes positivas hacia el medio ambiente se expresan en “comportamientos de bajo coste” (en la esfera de lo personal, por ejemplo, sustituir las lámparas incandescentes por modelos de bajo consumo o colaborar con los programas municipales de reciclaje), pero raramente en comportamientos percibidos como de “alto coste”, como deshacerse del automóvil o renunciar a hacer un viaje. En consecuencia, si el hecho de asumir opciones menos contaminantes es percibido como muy costoso, es más improbable que la gente decida cambiarlos.

El problema es que algunas de las iniciativas que serían más efectivas para reducir nuestra huella de carbono afectan a elementos considerados precisamente como componentes significativos de nuestro bienestar. Tomando, por ejemplo, el ámbito

doméstico, podríamos citar el tamaño de nuestra vivienda, la posibilidad de utilizar asiduamente nuestro automóvil o de adquirir productos exóticos. Además, algunas de las opciones de consumo con mayor incidencia en las emisiones, como el modelo de coche adquirido, el tipo de vivienda que habitamos o los viajes que realizamos, son también utilizados como medios de expresión de nuestra identidad personal y nuestra pertenencia a un grupo, lo que hace el cambio aún más difícil.

Los resultados de las demoscopias en relación a la predisposición de la gente a adoptar comportamientos proambientales apoyan esta interpretación, ya que indican que son ya mayoría los que se declaran dispuestos a contribuir consumiendo más “verde”, pero pocos los predispuestos a asumir limitaciones o renunciaciones.

➤ **La percepción de insignificancia de nuestras acciones**

En pocas ocasiones la contribución de una persona o una institución a la resolución de un problema ambiental puede ser percibida como más insignificante que en el caso del cambio climático. ¿De qué sirve cambiar el coche por la bici o acometer reformas en el hogar para mejorar su eficiencia energética si estas iniciativas no son seguidas por la mayoría? ¿Qué utilidad tiene el que mi organización cambie su sistema de producción por otro más limpio si los demás no lo hacen? ¿De qué sirve que en mi país se acometan políticas decididas para recortar las emisiones si otros Estados no avanzan en la misma línea? Después de todo, las emisiones de CO₂ atribuidas a España constituyen poco más del 1% de las emisiones mundiales.

La percepción de insignificancia de la acción responsable frente al cambio climático es ciertamente paradójica, ya que las emisiones de gases de efecto invernadero están repartidas entre millones de fuentes y es la agregación de esa infinidad de fuentes la causa de los problemas. Es evidente que actuar sobre el cambio climático supondrá necesariamente desmontar esos millones de comportamientos y formas de hacer que generan las emisiones. Lo cierto, sin embargo, es que la percepción de insignificancia respecto a nuestras contribuciones para resolver el problema nos lleva a esperar a que otros actúen primero, antes de embarcarnos en cambios que percibimos como costosos.

➤ **Las incertidumbres relativas al fenómeno**

La existencia de incertidumbres tiene un efecto desmovilizador en la gente. ¿Cómo voy a emprender cambios sustanciales si no tengo absoluta certeza sobre cuál será la gravedad futura del problema o los efectos que producirán mis acciones? ¿No será preferible esperar hasta que tengamos datos más precisos?

A pesar de que los niveles de incertidumbre manejados por los científicos del clima se han reducido de forma significativa, no cabe duda que el sistema climático es un sistema complejo y nuestro conocimiento sobre su comportamiento futuro siempre estará sujeto a incertidumbres. Más aún si tenemos en cuenta que un factor clave en

su evolución será precisamente la manera en que las sociedades humanas reaccionen ante el problema.

En el caso del cambio climático, la incertidumbre limita nuestra capacidad para cualificar y cuantificar los riesgos y las ventajas asociados a diferentes opciones de acción colectiva. Esta limitación puede constituir una barrera significativa para la acción, ya que no sabemos con certeza cuál será el resultado logrado y carecemos de garantías de que el esfuerzo será eficaz.

La incertidumbre existente en relación con aspectos relativos al cambio climático ha sido uno de los argumentos más utilizados por los sectores “escépticos” para defender la necesidad de esperar y no tomar decisiones “precipitadas”.

➤ **La dilución de nuestras responsabilidades**

Es probable que los gases quemados en occidente en el siglo pasado hayan contribuido a la notable intensidad del último ciclón tropical sufrido en Bangladesh, que ha provocado miles de muertos y desaparecidos. En cualquier caso, la distancia, espacial y temporal, entre las acciones que causan el cambio climático y sus efectos provoca que nuestra sensación de responsabilidad se diluya notablemente.

Como ya hemos señalado, el fenómeno del calentamiento global es el resultado de la suma agregada de numerosas contribuciones personales e institucionales. La atmósfera es una gran bolsa común a la que van a parar todas las aportaciones y resulta imposible diferenciar las propias de las ajenas, o relacionarlas de forma específica con impactos definidos.

➤ **Concepciones erróneas**

Algunos autores consideran que ciertas ideas erróneas podrían contribuir también a explicar la falta de reacción social ante el problema. Sterman y Sweeney (2007) realizaron una investigación con estudiantes del Massachusetts Institute of Technology de la que dedujeron que, incluso estos adultos con un elevado nivel de educación, concebían el comportamiento del clima global de manera similar al del sumidero antidesbordamiento de una bañera: una vez el grifo deja de echar agua, el nivel de llenado de la bañera se reducirá hasta su nivel óptimo. Este equívoco podría explicar, de acuerdo con los autores, el apoyo a las políticas de “esperar a ver qué pasa” (posponer las respuestas ante el cambio climático “hasta que sepamos lo suficiente”).

➤ Contextos difíciles

En los países ricos los ciudadanos vivimos en contextos de alta energía. La configuración del urbanismo, con una creciente segregación de los espacios residenciales, laborales y de ocio y servicios y el paso de las ciudades compactas a las ciudades extendidas, son ejemplos de unos contextos vitales que han multiplicado nuestras necesidades de movilidad y, por tanto, de energía. Para resolverlas, los nuevos espacios urbanos han sido dotados de amplias infraestructuras para el tráfico motorizado, pero no siempre de servicios de transporte público eficaces.

En muchos lugares se ha impuesto una arquitectura que no tiene en cuenta el entorno y exige elevados gastos energéticos para mantener un cierto confort térmico en las viviendas. Las empresas se encuentran con un entorno económico que, salvo raras excepciones, premia la capacidad para ofrecer los productos y servicios con menos gastos y mayores márgenes de beneficios. En estos contextos muchas veces resulta difícil que, incluso las personas y organizaciones más sensibilizadas, puedan traducir su sensibilidad y su capacitación en formas de hacer más responsables frente al cambio climático.

➤ Pesimismo informado

Como ya hemos comentado, numerosos estudios confirman que el conocimiento no garantiza la acción responsable. Pero, en el caso del cambio climático, algunas investigaciones apuntan, incluso, a la existencia de una relación inversa: los encuestados mejor informados son precisamente los que muestran un menor sentido de la responsabilidad sobre el tema (Kellstedt *et al.*, 2008). ¿Cómo explicar esta aparente contradicción? Una posible explicación reside en el hecho de que los mejor informados podrían estar en condiciones de percibir con mayor claridad las formidables dificultades planteadas y lo difícil de lograr respuestas efectivas. Immerwahr (1999) asocia la inacción no tanto al egoísmo o la falta de información como a la desesperanza y la frustración. En palabras de este autor “nuestra investigación sugiere que sobre lo que la gente resulta ser más escéptica no es sobre la existencia del problema sino sobre nuestras habilidades para resolverlo”.

Desde esta perspectiva, muchos “inconsecuentes” serían personas abrumadas por la formidable dimensión del problema, conscientes de la gran dificultad de atacar de forma efectiva a sus causas e inseguras sobre el camino a seguir.

Es importante tener en cuenta que los que se consideran conocedores del problema y se declaran preocupados pero no hacen “lo que deben” envían un potente mensaje desmovilizador al resto de la sociedad, que capta la contradicción entre ambas circunstancias. En este sentido, Christie (2010) ha resaltado los efectos contraproducentes provocados por líderes sociales que insisten públicamente en la gravedad del cambio climático pero cuyas decisiones prácticas quedan evidentemente alejadas de las valoraciones que realizan.

➤ Algunas propuestas ante el reto de la comunicación del cambio climático

La negación, la ignorancia activa o la inconsecuencia son respuestas comunes ante las informaciones que recibimos, no sólo en relación con el cambio climático sino también sobre otras cuestiones espinosas. ¿Quién no se ha resistido alguna vez a “rendirse ante la evidencia” cuando los hechos apuntaban en una dirección indeseada? ¿Quién no ha decidido en algún momento que no quiere ver o saber más? ¿Cuántas veces nuestras formas de hacer o nuestras decisiones resultan contradictorias con lo que sabemos o lo que pensamos?

Negacionistas, refractarios e inconsecuentes ponen en entredicho ideas simplistas, pero muy extendidas, en relación con la sensibilización pública. Como la idea de que la falta de sensibilidad se debe, básicamente, a un problema de falta de información.

La negación, la ignorancia activa o la inconsecuencia nos permiten entrever el formidable reto personal y social que supone reconocer el cambio climático y reaccionar ante él de forma “adecuada”. Sin embargo, su análisis también está proporcionando algunas claves útiles para plantear (o replantear) la comunicación del fenómeno. A este respecto, presentaremos, de forma breve, algunas propuestas que pueden ser de interés para divulgadores, educadores y líderes sociales:

➔ **Mostrar salidas posibles**

Si la percepción del cambio climático como “un proceso sin solución” es profundamente desmovilizadora, es obvio que debemos otorgar visibilidad a las “soluciones” posibles. En este sentido, destacar los buenos ejemplos, tanto en materia de reducción de emisiones (mitigación) como de respuesta a los cambios ya acaecidos o previstos para un futuro próximo (adaptación), constituye una fórmula interesante para acortar la brecha entre conocimiento y acción, vencer dudas y resistencias al cambio y resaltar sus elementos positivos.

➔ **Mostrar las ventajas de los cambios propuestos**

Dado que el miedo a las consecuencias de la lucha contra el cambio climático es uno de los alimentos de la negación, parece estratégicamente importante resaltar las ventajas asociadas a las políticas para combatirlo. Hay que destacar, pues, los beneficios asociados a los cambios, pero desde la honestidad y nunca empleando el criterio de transmitir a cada cual lo que desea oír si no es cierto. No resulta razonable pasar de ser los agoreros que anuncian el desastre a los vendedores del mundo feliz descarbonizado.

➔ **Equilibrar diagnósticos, objetivos y propuestas de acción**

¿Es conveniente argumentar la llegada de una catástrofe global si se pretende tan sólo que se adquiera el hábito de apagar la luz al salir de una habitación? Equilibrar los diagnósticos con los objetivos a alcanzar y las propuestas de acción permite que las propuestas de cambio tengan coherencia y, por tanto, credibilidad. Esto no significa restarle importancia a los pequeños gestos, que pueden tener un elevado valor simbólico y pueden ser el inicio de un cambio de actitud más sustancial.

➔ **Evitar encasillar el cambio climático como “cuestión tecnocientífica”**

A pesar de nuestro interés en acortar la brecha entre ciencia y sociedad en materia de cambio climático, creemos que es necesario evitar que el cambio climático sea identificado como una cuestión tecnocientífica. Los discursos con una excesiva carga científica pueden ser percibidos como elitistas y arrogantes y crear la falsa impresión de que estamos ante un problema que es esencialmente de naturaleza científica. Esto puede traducirse en reacciones de desinterés por parte de aquellos que no se ubican en esos campos, además de crear barreras entre “los que saben” y “los que no saben”, cuando lo cierto es que, en cierta medida, todos somos parte del problema y debemos ser parte de la solución.

➔ **Evitar encasillar el cambio climático como “cuestión ambiental”**

Ciertamente, el cambio climático constituye una formidable amenaza para la naturaleza. Las proyecciones científicas consideran muy probable que se produzcan en este siglo numerosas extinciones, así como del colapso de distintos ecosistemas. No obstante, el cambio climático no debería ser considerado como un “problema ambiental” (entendiendo “ambiental” en su acepción más estrecha, pero también la más reconocida socialmente que se asocia a “pájaros y flores”). La razón es que este marco facilita que un amplio sector de la sociedad se desvincule del problema (“no me preocupa porque yo no soy ecologista”) (véase Lakoff, 2010, para una interesante argumentación en este sentido).

➔ **Asociar aprendizaje y acción responsable**

Hay que equilibrar el aprendizaje sobre causas, consecuencias y soluciones con la acción responsable frente al cambio climático, evitando que sean dimensiones totalmente independientes. La creación de redes y comunidades que tratan de impulsar cambios en la práctica constituye una forma excelente de avanzar en este sentido. La comunicación entre iguales y los procesos de aprendizaje a través de la acción (“*aprender haciendo*”) constituyen una oportunidad para romper la barrera entre “saber” y “hacer” y facilitan la necesaria capacitación para responder adecuadamente, cada cual desde sus propias circunstancias y responsabilidades, a la amenaza del cambio climático.

Bibliografía

BBC (2010). BBC Climate poll. February 2010. En: http://news.bbc.co.uk/nol/shared/bsp/hi/pdfs/05_02_10climatechange.pdf

BONDRE, N. (2010). Whence climate scepticism? *Global Change*, 75: 16-19

BOYCOFF, M.T., & BOYCOFF, J.M. (2004). Balance as bias: global warming and the US prestige press. *Global Environmental Change*, 14 (2004) 125-136.

CHRISTIE, I. (2010). How to confuse friends and alienate people: mixed messages and climate change communication in UK politics. En: Rowley, S. y Phillips, R. (eds.) *From hor air to happy endings. How to inspire public support for a low carbon society*. London: Green Alliance.

COHEN, S. (2005). Estados de negación. Ensayo sobre atrocidades y sufrimiento. Buenos Aires: Departamento de Publicaciones. Facultad de Derecho. Universidad de Buenos Aires. (version original: COHEN, S. 2001. *States of Denial: Knowing About Atrocities and Suffering*, Cambridge, Polity Press).

CORSINI, R.J. (1999). *The Dictionary of Psychology*. Philadelphia: Bruner/Mazel.

DER SPIEGEL (2010). Spiegel-umfrage. Deutsche verlieren Angst vor Klimawandel. En: <http://www.spiegel.de/wissenschaft/natur/0,1518,685946,00.html> (Publicado en Spiegel on line 27.03.2010).

DULAP, R. & MCCRIGHT, A. (2008). A Widening Gap: Republican and Democratic Views on Climate Change Environment: Science and Policy for Sustainable Development September/October.

GAVIN, N.T. (2009). Addressing climate change: a media perspective. *Environmental Politics*, Volume 18, Issue 5: 765 - 780.

HANSON, F. (2010). The Lowy Institute Poll 2010. Australia and the world. Public opinion and foreign policy. Sydney: Lowy Institute for International Policy.

HERAS, F. (2008). Comunicar el cambio climático. En J. Riechmann (coord.). *¿En qué estamos fallando? Cambio social para ecologizar el mundo*. Barcelona: Icaria.

IMMERWAHR, J. (1999). *Waiting for a Signal: Public Attitudes toward Global Warming, the Environment and Geophysical Research*. A report by Public Agenda.

KELLSTEDT, P., ZAHAN S., & VEDLITZ, A. (2008). Personal Efficacy, the Information Environment, and Attitudes Toward Global Warming and Climate Change in the United States. *Risk Analysis* 28(1): 113-126.

LAKOFF, G. (2010). We are the polar bears: what's wrong with the way that the environment is understood. En: Rowley, S. y Phillips, R. (eds.) *From hor air to happy endings. How to inspire public support for a low carbon society*. London: Green Alliance.

LEISEROWITZ, A., MAIBACH, E., & ROSER-RENOUF, C. (2010). *Climate change in the American Mind: Americans' global warming beliefs and attitudes in January 2010*. Yale University and George Mason University. New Haven, CT: Yale Project on Climate Change. <http://environment.yale.edu/uploads/AmericansGlobalWarmingBeliefs2010.pdf>

MACILWAIN, C. (2010). Calling science to account. *Nature*, Vol 463, pág. 875, 18 de febrero de 2010.

MARSHALL, G. (2010). Why we find it so hard to act against climate change. *Yes Magazine*, nº 52. Winter 2010 Issue. En: <http://www.yesmagazine.org/issues/climate-action/why-we-find-it-so-hard-to-act-against-climate-change>

MEIRA, P.A. (2009). *La sociedad ante el cambio climático. Conocimientos, valoraciones y comportamientos de la población española*. Madrid: Fundación Mapfre.

NORGAARD, K.M. (2009). *Cognitive and Behavioral Challenges in Responding to Climate Change* (May 1, 2009). World Bank Policy Research Working Paper 4940. En: <http://ssrn.com/abstract=1407958>

OPOTOW, S., & WEISS, L. (2000). Denial and the process of moral exclusion in environmental conflict. *Journal of Social Issues*, Vol 56, 3: 475-490.

PEW RESEARCH CENTRE (2009). Fewer americans see solid evidence of global warming. Washington: Pew Research Center for the People & the Press. En: <http://www.people-press.org>

REAL INSTITUTO ELCANO (2010) *Barómetro del Real Instituto Elcano* (23ª oleada).

SPENCE, A., VENABLES, D., PIDGEON, N., POORTINGA, W., & DEMSKI, C. (2010). Public Perceptions of Climate Change and Energy Futures in Britain: Summary Findings of a Survey Conducted in January-March 2010. Technical Report (Understanding Risk Working Paper 10-01). Cardiff: School of Psychology.

STERMAN, J., & SWEENEY, L. (2007). Understanding public complacency about climate change: adult's mental models of climate change violate conservation of matter. *Climatic Change* 80: 213-238.